
Las causas del yihadismo en España

Sergio García Magariño / Arash Arjomandi

Aunque no existe total consenso sobre su significado, la radicalización podría describirse como un proceso, no lineal y complejo, en el que factores estructurales, cognitivos y actitudinales llevan a un individuo o colectivo a cuestionar y rechazar las normas de la sociedad o el grupo al que pertenece. En otras palabras, se podría decir que este proceso hace que la persona o el grupo se coloquen en los márgenes de la sociedad y se alejen de la «normalidad».

Además de poder ser individual y colectiva, la radicalización podría ser positiva o negativa (García, 2019). La radicalización positiva se relaciona con una crítica del *statu quo* y aboga, a través de medios no violentos, por crear un orden social más justo, sostenible y pacífico. Personajes históricos como Martin Luther King, Nelson Mandela o Mahatma Gandhi, a quienes hoy se considera líderes de grandes transformaciones sociales, en su época fueron calificados de radicales.

Por el contrario, la radicalización, en su vertiente negativa, justifica y legitima el uso de diferentes tipos de violencia, tales como la física o la verbal. Cuando los actos violentos son llevados a cabo de forma sistemática para conseguir un objetivo, tanto de forma individual como colectiva, tomando no sólo al Estado sino a civiles como objetivo y explotando el terror intencionalmente, se suele denominar terrorismo (Calera, 2002). No obstante, no todos aquellos que son radicales o están en el proceso de radicalización violenta acaban cometiendo actos violentos. Es decir, no todo radical es un terrorista, pero todo terrorista es un radical.

Tipificar la radicalización, o elaborar una taxonomía pormenorizada de la misma, excede el alcance de este artículo. Sin embargo, de la introducción anterior se pueden identificar varias categorías de radicalización: (a) positiva o negativa; (b) individual o colectiva. Se podrían introducir otros ejes, tales como la motivación –política-ideológica, religiosa o criminal– o la intensidad y tipo de violencia utilizada –alta, baja, verbal, física.

De acuerdo con los objetivos que persiguen los grupos radicales terroristas que abogan por el uso de la violencia, también se podrían agrupar en diferentes categorías: grupos nacionalistas o separatistas que pretenden independizar un determinado territorio, tales como la banda terrorista Euskadi Ta Askatasuna (ETA) en España o el Estado Islámico de Iraq y el Levante (ISIS) en Siria e Iraq; grupos de extrema derecha que defienden la superioridad de la raza blanca y el rechazo a la inmigración, como el Ku Klux Klan en Estados Unidos o Amanecer Dorado en Grecia; grupos de extrema izquierda que buscan la justicia social, la redistribución de la riqueza y que se oponen al capitalismo, tales como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en Colombia o las Brigadas Rojas en Italia; grupos con motivación religiosa que luchan por la implantación de una interpretación estricta de los escritos religiosos y por convertir a los no creyentes, como el

Ejército de Dios en Estados Unidos o Al-Qaeda; y por último, grupos que se centran principalmente en una única cuestión social, tales como el medio ambiente, los derechos de los animales o el aborto (Sant, 2019).

Parece que la radicalización se torna más peligrosa cuando la religión está implicada. La razón es que ésta supone una fuerza motivacional tan profunda que logra que la persona sea capaz de sacrificarse por generaciones posteriores, de renunciar a su propio bienestar y de realizar cualquier acción que interprete como la voluntad de Dios. Por ello, uno de los supuestos de la línea de investigación en marcha que fundamenta este artículo es que, cuando la radicalización está conectada con motivaciones religiosas, se ha de prestar atención a las lógicas de la religión para encontrar soluciones viables que no produzcan efectos colaterales inesperados que agraven a largo plazo el problema.

La radicalización que se explora aquí es fundamentalmente la radicalización violenta islamista. En un intento de síntesis, se podría decir que, siendo el islam una religión de más de 1.400 años, el islamismo es una corriente política moderna que aboga por aplicar las dimensiones sociales, políticas y económicas del islam a la organización colectiva de la sociedad¹. Dentro de las corrientes islamistas hay diferentes versiones, algunas que abogan por la democracia y otras por el establecimiento de Estados islámicos donde se aplique la ley islámica denominada *sharia*. De entre quienes abogan por establecer la *sharia*, algunos grupos optan por la vía pacífica, lo que implica ganar las elecciones y desde ahí realizar cambios, a medida que su mayoría se profundiza; y otros toman la violencia,

¹ Sergio García Magariño en su libro del CIS *Desafíos del sistema de seguridad colectiva: análisis sociológico de su efectividad ante las amenazas globales*, aborda extensamente, a partir de la página 336, la diferencia entre islam, islamismo, salafismo, yihadismo, así como las diferentes variantes de cada uno de ellos.

la acción revolucionaria, como eje de su estrategia de transformación. Estos últimos se pueden dividir en grupos con aspiraciones nacionales, que han asumido planteamientos nacionalistas, y grupos internacionalistas que pretenden ampliar la *umma*, un territorio transnacional en constante ampliación dentro del cual rija la *sharia*. El salafismo moderno es una corriente islamista rigorista, circunscrita a Arabia Saudí hace décadas, pero prevalente hoy día en el mundo por su crecimiento vinculado al dinero del petróleo. Todos los grupos salafistas no abogan por la violencia, pero la mayor parte de los grupos islamistas que abogan por la acción revolucionaria y violenta emergen del salafismo y se inspiran en diferentes versiones de él. Por último, la noción de yihad suele asumirse con doble sentido entre los musulmanes: esfuerzo individual por superarse y mejorar individualmente, y guerra defensiva. Algunas corrientes islamistas también hablan de la yihad como una guerra preventiva defensiva en anticipación y, los ideólogos de Al-Qaeda y el Daesh, aplican la yihad para expandir su modelo territorial o lograr los fines políticos.

Por ello, la radicalización violenta islamista también suele denominarse radicalización salafista violenta, radicalización salafista-yihadista o radicalización yihadista. Este es el objeto de este artículo, en particular, en el contexto español. Se optará por la expresión *radicalización violenta islamista*, por considerarla la más precisa y menos contestada, aunque se reconoce que la denominación más común suele ser radicalización salafista-yihadista o radicalización yihadista a secas.

Explicaciones teóricas de la radicalización violenta

Los diferentes esfuerzos teóricos por explicar la radicalización violenta de manera causal y universal, así como las explicacio-

nes monofactoriales, aunque en un momento ganaron popularidad y despertaron entusiasmo, han sido fallidos al ser contrastados con la amplísima evidencia empírica procedente de diferentes países del mundo. Esto ha conducido a investigadores de gran talla a concluir que no existe un sólo perfil. Algunos han sido más cautos al proclamar que todavía no se ha descubierto el perfil (López Melero, 2017). En los siguientes párrafos se enuncian algunas de las grandes teorías y explicaciones que se han utilizado para explicar un fenómeno tan escurridizo, para, finalmente, plantear las que consideramos que pueden ser las razones por las que no se han encontrado universales y que giran en torno a la diversidad (aunque relacionados) de los fenómenos que se pretenden explicar, a la dificultad para acceder de primera mano a quienes se han radicalizado y actuado de forma violenta, a la idiosincrasia de cada país y región y a la necesidad de hipótesis con gran potencial heurístico.

En cuanto a las explicaciones iniciales sobre la radicalización islamista violenta, se decía que los terroristas procedían de entornos pobres y marginados, principalmente del mundo árabe. Por ello, la pobreza, la opresión y la exclusión se utilizaban como vectores explicativos. Los atentados del 11 de septiembre en EE.UU. así como quienes se unían a Al-Qaeda en Reino Unido, pusieron de manifiesto que jóvenes ricos, así como otros de clase media con educación superior, eran los principales artífices de los atentados (McCauley, 2017). Esta explicación, además, excluía el factor religioso por lo que muchos estudios iniciales se fueron al otro extremo de tomar sólo la religión como explicación causal. Ese péndulo, esa tensión entre explicaciones exclusivamente seculares, sociales, económicas e identitarias, por un lado, y explicaciones estrictamente religiosas, todavía perdura.

Al constatar este hecho, se fue gestando un marco general de conjuntos de factores, al que se hizo referencia en la introducción, que posibilitan la radicalización: motivaciones individuales (racio-

nales, identitarias, normativas y emocionales), factores contextuales meso-sociológicos (el grupo, los conocidos, el agente de radicalización) y macro-estructurales (conflictos, los medios de comunicación, la acción de las fuerzas armadas y de la policía, la existencia de organizaciones terroristas). Este esquema es una buena matriz para acercarse a la radicalización, pero, al mismo tiempo, es tan amplio que no explica el proceso con precisión.

Tras esta primera etapa, la explicación tuvo que hacerse más sofisticada. Así, surgieron dos tipos de teorías explicativas: las escalonadas progresivas que intentan explicar la trayectoria individual de la radicalización violenta y las piramidales que se centran en las dinámicas colectivas. En cuanto a las teorías secuenciales, plantean que la persona atraviesa etapas críticas. Dependiendo del autor, difieren en el número y naturaleza de las etapas, pero todas parten de la misma premisa: la persona avanza hacia niveles progresivos de radicalización, desde un comportamiento normal hasta uno violento. Algunas etapas serían la exposición a ideas radicales –por eso, por ejemplo, se penaliza en España el consumo de contenidos yihadistas por Internet–, la adopción de una nueva identidad, la asociación con grupos radicales y la justificación de la violencia, la planificación de pequeñas acciones violentas y su posterior ejecución, etc. Los modelos secuenciales cambian, pero se fundamentan en la misma lógica: cualquiera puede radicalizarse cuando se dan ciertos factores y, además, el proceso es progresivo y va del pensamiento radical a la acción violenta (Moghaddam, 2005; Horgan, 2005).

Las teorías piramidales siguen una clave similar, pero atienden a las dinámicas sociales. El primer nivel está compuesto por gente neutral políticamente. La radicalización violenta dependería de una base amplia de gente, en un segundo nivel, que simpatiza con la causa islamista violenta. Después tendríamos otro nivel donde habría gente que justifica el uso de la violencia. Y finalmente, esta-

ría el nivel de quienes se comprometen con la causa y se unen al grupo terrorista o célula (Leuprecht *et al.*, 2010).

El hecho de que solamente un número ínfimo de quienes justifican la violencia dan el paso efectivo hacia la misma, condujo al cuestionamiento de estas explicaciones y plantearon un nuevo modelo explicativo: el de la doble pirámide. Lo que significa la doble pirámide en esencia es que la radicalización cognitiva (una pirámide) y la radicalización conductual (la otra) no están conectadas. Es decir, se requiere explicar la radicalización cognitiva, por un lado, y la radicalización conductual, por el otro. Desde otro ángulo, disocia el pensamiento y la acción. Autores como Oliver Roy, sin ser los artífices de esta teoría, han dado sustento empírico a esta explicación al mostrar cómo en Francia, por ejemplo, muchos de los terroristas no eran ni especialmente religiosos ni habían experimentado un proceso paulatino de radicalización, sino una abrupta conversión. Esta explicación busca otros factores para explicar el comportamiento violento, como historia previa con la violencia, desarraigo fuerte, experiencias traumáticas o redes fuertes identitarias y de captación. Lo que a veces se plantea es que quienes se unen a la yihad global o a los grupos y células terroristas islamistas estaban previamente radicalizados buscando una causa que pudiera canalizar su deseo de manifestar ese malestar o euforia: podría haber sido el comunismo revolucionario, como el anarquismo violento (Moskalenko, 2017).

A pesar de la evidencia, aceptar que el pensamiento, las actitudes y la acción no están conectados es complicado. En el siguiente apartado se ofrecerá una hipótesis alternativa para resolver este aparente dilema, pero acabemos este, tal como se había anunciado, rescatando, por un lado, algunos elementos de consenso más allá de las explicaciones universales y desgranando, por el otro, las razones por las que se torna desafiante encontrar una explicación teórica de este fenómeno.

En cuanto al consenso, el perfil quizá sea el aspecto que permita mayores acuerdos, ya que simplemente supone elaborar una media sobre categorías tales como sexo, edad, origen nacional, nacionalidad, nivel educativo, estatus socioeconómico, lugar de residencia o tiempo de radicalización, para todos aquellos acusados, por ejemplo, de pertenencia a grupo armado o de enaltecimiento del terrorismo. Aquí, sin embargo, viene bien diferenciar entre quienes han atentado o intentado atentar en su país de residencia y quienes han viajado a Siria o Irak para unirse al Daesh. Los datos varían un poco entre los diferentes países de Europa y todavía lo hacen más si se toma como referencia Arabia Saudí, Marruecos, Pakistán o Argelia. El Real Instituto Elcano elabora un buen perfilado para el caso de España cada dos años, pero baste mencionar que el perfil en España –de entre los más de trescientos casos– es de hombres (en los últimos años ha habido alguna mujer) musulmanes no conversos de primera y segunda generación (empieza a haber conversos, no obstante, y el porcentaje de conversos que optan por vías radicales violentas es mayor que el porcentaje general de musulmanes) por lo que se considera una tendencia creciente; jóvenes, nacionales pero procedentes de familias de origen en países árabes, clase media-baja –esto contrasta con lo que ocurre en otros países–, con familiares o amigos previamente radicalizados, disidentes de la religión de sus padres que adoptan el salafismo-yihadista de manera casi abrupta, se radicalizan de arriba abajo mediante un agente de radicalización (en España no hay gente que se autoradicalice por Internet, aunque sí se usa cada vez más Internet como soporte); y se radicalizan en Cataluña, Ceuta, Melilla y en menor grado Madrid y Valencia, por mencionar algunos datos. Este perfil, no obstante, no se corresponde en su totalidad con otros países de Europa. La profesora Montserrat López Melero, quien ha tenido acceso a los centros penitenciarios del país, suele elaborar un buen perfilado que incluye otras variables como el *modus operandi*.

Otras perspectivas que alcanzan cierto nivel de consenso son considerar la matriz salafista-yihadista como el caldo de cultivo donde se da la radicalización, pero en combinación con otros factores que se suelen categorizar en dos: factores internos de empuje y factores externos de atracción. En cuanto a los factores internos, se habla de episodios de crisis existencial comunes en casi todos los terroristas, opresión real o percibida, exclusión real o percibida, rabia y frustración por las expectativas sin cumplir (cuanto más altas, más difíciles de satisfacer, lo que conecta tanto a pobres con clases medias insatisfechas o ricos con deseo de reconocimiento, por mencionar diversos perfiles aparentemente opuestos), falta de sentido, búsqueda de referentes, de pertenencia y lazos, deseo de reconocimiento y de una mejor vida. Los factores de atracción serían el atractivo de la ideología salafista-yihadista, que de manera muy sencilla (y reduccionista) explica la marginación individual y colectiva de los musulmanes y ofrece una respuesta directa y clara; la belleza del grupo de pertenencia, la célula; la fascinación por la aventura y la violencia; la posibilidad de ser reconocido, de tener una vida con sentido, en la otra vida (si eres un suicida) o en el Califato, etc. Si a esto se le suma un historial previo de violencia o criminalidad, el proceso se acelera, ya que no existen cordones de control social internalizados que detienen a la persona de cometer acciones antisociales.

El denominado giro hacia los enfoques de la resiliencia pone al descubierto factores de fortaleza y de vulnerabilidad individual y colectiva. Por ejemplo, descubren la importancia del arraigo familiar, social (integración) y comunitario (religioso). Aquellos con gran arraigo son menos vulnerables. Aquellos con más conocimiento religioso y científico optan por versiones del islam contextualizadas que deslegitiman el uso de la violencia en cualquiera de sus formas.

En cuanto a las dificultades de encontrar teorías explicativas de validez universal, mencionar que, por un lado, las condiciones

de cada país son diversas. No es lo mismo Arabia Saudí, que España, Francia, Nigeria o Rusia.

Por otro lado, probablemente la trayectoria de quienes deciden cometer un atentado terrorista en su país de residencia es diferente de quienes deciden irse a Siria o Irak o de quienes ofrecen apoyo logístico y económico. De igual forma, la organización terrorista tiene una estructura, unos roles diferenciados. Quienes pertenecen a la cúpula, probablemente, sean diferentes de quienes son reclutados en Afganistán para transportar armas, de quienes fueron al ISIS como médicos e ingenieros, de quienes operan en las zonas rurales de Mali o de los imanes ideólogos de atentados en ciudades como Barcelona.

Además, acceder a datos primarios sobre quienes se unen a la lucha armada es casi imposible por lo que descifrar datos completos en busca de patrones o reconstruir las trayectorias de vida para encontrar similitudes es harto desafiante. En España, por ejemplo, los datos profundos relacionados con este tipo de presos no son públicos y se requieren permisos especiales para acceder a ellos. Si lo que se pretende es entrevistar a quienes han sido acusados, todavía la situación es más problemática: están protegidos por ley y los procedimientos para que universidades o centros de investigación reciban permiso del Estado para entrar en las instituciones penitenciarias pueden requerir dos años. Por último, mencionar que, salvo que la persona se haya arrepentido y quiera colaborar, en el islam suní y chiíta existe el precepto de la *taqiyya*, la mentira ante casos excepcionales para proteger a la comunidad. Esto implica que la información que se consigue a través de personas radicalizadas pueda no ser fidedigna, a menos que estén sinceramente arrepentidas y quieran colaborar.

Por último, el fenómeno en sí es complejo y multidimensional, por lo que existen múltiples hipótesis y supuestos de partida posibles, que deberían guiar una posterior indagación empírica, una

indagación que, como se ha dicho, no es sencilla. Podría darse el caso de que tampoco se haya dado todavía con categorías con poder heurístico e interpretativo suficiente como para acercarse a este problema social con capacidad explicativa generalizante eficaz.

Hipótesis de partida

Esta investigación parte de tres supuestos y propone una hipótesis fundamentada en varios conceptos. El primer supuesto es que es útil diferenciar la radicalización cognitiva de la conductual. Se necesitan historias de vida y análisis exhaustivos de perfiles para encontrar elementos comunes y explicativos en aquellos que eligieron la opción violenta. Elementos tales como una historia previa de violencia, de pequeños actos ilegales que rompen paulatinamente las formas de control social y las redes de captación compuestas por amigos, familiares y colegas tendrían una relevancia significativa, como ocurre con mucha claridad en el caso ruso (Lenon, Mironova, Tobey, 2018). El segundo supuesto es que el pensamiento y la acción están conectados en algún punto, por lo que no se puede plantear que se debe hacer una disociación tan estricta entre la radicalización cognitiva y conductual. Encontrar ese punto es la clave. Lo que los psicólogos denominan las convicciones fuertes, la toma de conciencia, puede ser el eslabón que conecta el pensamiento y la acción, sobre todo en aquellos casos donde no hay un historial de violencia. Aquí se desprende de nuevo una gran área de estudio empírico. El tercer supuesto es que, aunque las radicalizaciones violentas han de tener elementos comunes, cuando la inspiración es religiosa el problema es mayor y más complejo, ya que las motivaciones son mayores y los análisis de costos-beneficios dejan de ser tan fundamentales. El caso de

Merah en el 2012 en Francia, quien saltó por la ventana del baño disparando mientras los policías entraban al mismo para apresarlos es indicativo de ello.

Más allá de las teorías explicativas, se sabe que, en todos aquellos que actuaron con violencia, existían fortísimos sentimientos de agravio, habían experimentado una gran crisis existencial, propiciada por algún episodio personal duro, poseían una red de contactos vinculados a la violencia y, la mayor parte de los casos, vivían en una especie de desarraigo triple: de su familia, de la sociedad y de su comunidad religiosa. El nivel de conocimiento religioso suele ser bajo, lo que hace que la segunda generación de inmigrantes procedentes de países musulmanes sea especialmente vulnerable. Esto es muy claro en el caso francés, el país de la UE que más sufre este fenómeno. Este tipo de jóvenes vive una crisis de identidad, ya que ni sienten que pertenecen a la religión de sus padres ni a la sociedad francesa que no les da oportunidades, por lo que optan por versiones radicales, simplistas, que explican muchas cosas con una narrativa diluida pero atractiva y fácil de comprender. Los agentes de radicalización ofrecen una respuesta que dota de sentido a sus vidas, ofrecen un grupo que satisface el deseo de pertenecer a un colectivo, les victimiza, les crea un enemigo externo. Poco a poco se aíslan, son entrenados y desarrollan una especie de paranoia permanente de conspiración. Si además hay un pequeño historial de violencia y criminalidad, el proceso se acelera, ya que las dinámicas internalizadas de control social son débiles.

El concepto clave de la hipótesis de la que partimos es el de la estructura moral del comportamiento. Este concepto, acompañado de dos hipótesis auxiliares, el control social y la resiliencia, podría servir para aglutinar los múltiples factores sociales y psicológicos no patológicos que hacen que una persona opte por la vía violenta, de momento atendiendo al terrorismo islamista.

La estructura moral no es un ente psicológico. Tiene que ver con la internalización de (a) conceptos y convicciones, (b) de patrones de pensamiento, sentimiento y comportamiento, (c) de la previsión de las consecuencias ante diversos cauces de acción, así como con (d) cualidades y competencias de control emocional, (e) actitudes, (f) motivaciones que dan dirección al propósito, (g) valores que determinan las prioridades y (h) un lenguaje que es capaz de conectar todos esos componentes. La estructura moral es el resultado del proceso de socialización, pero también algo que el individuo puede construir de forma consciente. Siendo éste el elemento clave de nuestra explicación, como pondremos de manifiesto a continuación, el control social juega un papel relevante también. Para que una persona decida romper todas las convenciones sociales comunes en una sociedad y opte por la vía más extrema, la de la violencia indiscriminada, los mecanismos naturales de control social se han debido resquebrajar paulatinamente a lo largo de la vida. Esto se suele dar en personas que tienen poco que perder con la muerte, el encarcelamiento o la marginación social. Se suele decir que un altísimo número de personas tiene pensamientos suicidas y homicidas, pero muy pocos los traducen a la realidad, en función de la mayor o menor disolución de los lazos del control social. Por último, la resiliencia individual y colectiva, relacionada con la estructura moral sólida, con el conocimiento científico-religioso profundo y con los lazos fuertes, serían los principales elementos protectores ante fuerzas externas.

La estructura moral así concebida conecta el pensamiento y la acción, pero de forma muy sofisticada. Una persona puede actuar con violencia porque ha asumido patrones de comportamiento violento, o porque no tiene mecanismos de autocontrol lo suficientemente fuertes, pero la violencia con fines políticos y religiosos, sostenida en el tiempo, ha de estar ligada a convicciones, sean fuertes o débiles. De igual modo, una persona que ha sido adoctri-

nada, sólo manifestará un comportamiento violento si, paulatinamente es expuesto a la violencia, a nuevos patrones relacionados con la misma, y reduce poco a poco sus mecanismos de control social interiorizados. Alguien que tiene gran autocontrol, patrones de comportamiento pacíficos, convicciones fuertes que deslegitiman la violencia, sería muy raro que fuera adoctrinado y experimentara un cambio estructural. De la misma forma, alguien con patrones pacíficos, mecanismos de autocontrol fuertes, una vida estable, pero con convicciones débiles, puede ser más manipulable, pero tendrá dificultades para dar el salto hacia la violencia. El grupo social, además, es clave, ya que la estructura moral es el resultado de un proceso de socialización grupal y de interiorización de las normas, por lo que el arraigo familiar, religioso y social actúa también como escudo contra grupos, agentes de radicalización y células grupales que satisfacen el deseo de pertenencia de quienes tienen esos lazos débiles.

Pongamos en juego esta hipótesis con los datos y explicaciones diversas que se han presentado hasta ahora para finalmente centrarnos en el caso de España. Algunos de los vacíos que esta hipótesis intenta explicar, en relación a la radicalización en diferentes contextos, son los siguientes: algunos yihadistas eran muy religiosos mientras que otros no lo parecían tanto; algunos yihadistas tenían antecedentes e historias de violencia previa mientras que otros no; algunos yihadistas son pobres mientras que otros son ricos —o, al menos, proceden de la clase media—; algunos yihadistas tienen educación superior mientras que otros no tienen mucha; muchas personas legitiman el uso de la violencia y son salafistas pero sólo unas pocas dan el paso; algunos sólo propagan ideología mientras que otros visitan a Siria; algunos hacen labores de captación mientras que otros atacan; algunos dirigen mientras que otros se inmolan.

En la estructura moral pesa tanto lo racional como lo emocional, por lo que es natural que en la decisión de actuar pueda influir

tanto la convicción normativa, como la estrategia y las emociones. Además, la religión, con independencia del grado de conocimiento que se tenga de ella, es una fuerza motivacional poderosísima. Por ello, la religión siempre ha de utilizarse como uno de los factores explicativos, entre otros. El mayor grado de conocimiento religioso no actúa, no obstante, como protección siempre. Si se tienen convicciones fuertes que deslegitiman la violencia, será algo protector; si se tienen convicciones fuertes que la legitiman, será un acicate; y si no se tienen casi convicciones, la persona será más manipulable en uno u otro sentido. El hecho de que solo un porcentaje de personas que justifican la violencia den el paso, desde este prisma, no significa que el pensamiento y la acción estén separados, sino que interactúan de forma sofisticada y dinámica. Quienes tienen patrones pacíficos, arraigo y mecanismos de control social interiorizados, así como de autocontrol, necesitarán convicciones mucho más fuertes, más tiempo, y contacto paulatino con otros entornos radicalizados violentos, para dar el paso. Quienes, en cambio, proceden de una cultura de la violencia, no necesitarán más que una ideología con la que canalizar un impulso natural en ellos, pero la ideología seguirá pesando. Este último fenómeno sería el que ha ganado popularidad y Oliver Roy denomina *islamizar la radicalización*. Pero es sólo una variante de un fenómeno más amplio que adopta otras formas.

El caso de España, y con esto concluimos, de momento es más sencillo, ya que el perfil no es tan diverso como en otros países. El último libro del Real Instituto Elcano *Yihadismo y yihadistas en España. 15 años después del 11 M* es probablemente el que más evidencia empírica y rigor explicativo tiene de los que se han publicado hasta la fecha, debido a los múltiples acuerdos que este *think tank* posee con instituciones diversas. No sólo describe el perfil hasta la fecha, sino que identifica cuáles pueden haber sido los factores clave de la radicalización para el caso de España. Elude la explicación teó-

rica generalizada, probablemente por la corriente de filosofía de la ciencia algo positivista a la que se parece que se adhieren, pero esto no reduce en absoluto la validez de un trabajo muy fundamentado y de gran rigor metodológico.

No es menester abundar aquí en sus conclusiones, ya que lo hemos hecho en otros trabajos ya referidos (García, 2018-2019), pero quizá un breve resumen pueda ser ilustrativo. De entre los más de 200 detenidos o muertos en el período que va de 2001 a 2018 surge un perfil claro, aunque existen diferencias cuando uno observa dos tramos separados: hasta 2011 y a partir de 2011, cuando comienza la guerra en Siria que atrajo a población europea. La mayoría de los detenidos o muertos son hombres, marroquíes de origen o nacionalizados españoles, casados –lo que contrasta con otros estudios procedentes de la criminología, que consideran la familia como un factor preventivo del crimen–, con hijos, residentes en Cataluña, Madrid, Ceuta –y en menor grado en Andalucía, Melilla y Comunidad Valenciana–; radicalizados durante la juventud temprana (casi adolescencia); en compañía (90 %); en España mediante un agente de radicalización en lugares de culto o domicilios privados, sin antecedentes penales (solo un 25 %); con familiares o amigos previamente radicalizados, inmigrantes, segundas generaciones y algunos conversos (10 %); con conocimiento bajo del islam (80 %); jóvenes (18-35 de media), con estudios secundarios o superiores (aunque un poquito más bajos que la media española), radicalizados en Cataluña, Madrid o Ceuta y, en particular, en cinco o seis municipios específicos (Madrid, Ceuta, Melilla, Ripoll, Terrassa, Barcelona).

Si dividimos los períodos, uno observa algunas tendencias: más mujeres, conversos, más jóvenes, preeminencia de Ceuta, Melilla y Cataluña como lugares de radicalización, emergencia de las prisiones como lugares de radicalización, más personas condenadas por labores logísticas, viajes y propaganda (como el caso de las muje-

res que, en España, no han ejecutado atentados), etc. En cuanto a los factores explicativos, el Real Instituto Elcano resalta dos: el agente de radicalización presencial que expone cara a cara a la persona con ideologías violentas y los vínculos sociales y familiares fuertes previos con personas ya radicalizadas.

Aquí, de nuevo, nuestra noción de estructura moral principalmente, y las hipótesis auxiliares del control social y la resiliencia podrían enriquecer el entendimiento. Los jóvenes musulmanes, procedentes de familias inmigrantes parecen ser más vulnerables por tener una estructura moral sin muchas convicciones fuertes, conectadas con círculos de identidad y grupos sociales con cierto desarraigo y con mecanismos de control social erosionados debido a la falta de reconocimiento y éxito económico-profesional. No tienen mucho que perder, pero sí mucho que ganar si atienden a la ideología salafista-yihadista que se les presenta no sólo en forma de relato lleno de significado profundo, sino de respuesta identitaria, de amistades verdaderas, de sentido de misión, de alternativa a la injusticia, de explicación a la marginalidad y, además, de recompensa ultramundana trascendente.

Las políticas de prevención, siguiendo esta lógica, tendrían que responder pues ante todos y cada uno de los factores identificados si es que aspiran a ser eficaces; pero, sobre todo, parecería pertinente cambiar el enfoque de la vulnerabilidad por el de la resiliencia. Esto, no obstante, lo dejamos para la siguiente edición.

Conclusiones

Comprender las causas de la radicalización yihadista es tan importante como complejo. Sin embargo, de ello depende la definición de políticas que respondan con efectividad a corto, medio y largo plazo ante un fenómeno con el que habrá que convivir, desafortu-

nadamente, durante años. En este ensayo, tras elaborar una pequeña fenomenología de la radicalización utilizando tres vectores principales (positiva-negativa / individual-colectiva / temática), se han sobrevolado algunas de las teorías científicas explicativas más consolidadas. Tras constatar la laguna existente en todas ellas, que procede de la aparente desconexión entre el pensamiento radical y la acción violenta, así como de las anomalías empíricas (no resisten el peso de la prueba empírica, a medida que se acumulan más datos), se ha propuesto una hipótesis explicativa alternativa que pretende rellenar, aunque tentativamente, dicho vacío, y que se apunala en la noción de estructura moral. Después de definir la estructura moral y de describir sus componentes, se ha intentado poner en diálogo su potencial explicativo para dar sentido a las lagunas existentes en las teorías explicativas prevalentes. Aunque de manera provisional, podríamos concluir señalando que el concepto de estructura moral parece poseer una capacidad heurística importante para hacer avanzar los estudios sobre radicalización violenta, unos estudios que, tal como se dijo, condicionan la efectividad de la respuesta, ya sea ésta en el área de la prevención, del combate directo o de la desradicalización.

S. G. M. / A. A.

BIBLIOGRAFÍA

- GARCÍA MAGARIÑO, Sergio. «Una aproximación sociológica al proceso de radicalización extremista en el islamismo: la necesidad de indicadores», en *Dilemata: Revista Internacional de Éticas Aplicadas*, 27, 2018, pp. 347-365.
- «A Sociological Approach to the Extremist Radicalization in Islam The Need for Indicators», in *The International Journal of Intelligence, Security and Public Affairs*, vol. 21, 2019, pp. 66-83.

- *Radicalización violenta: vías para la acción preventiva*. Madrid / Oporto: Sindéresis, 2019.
- LEMON, Edward; MIRONOVA, Vera, y TOBEY, William. *Jihadist from Ex-Soviet Central Asia: Where are they? Why did they radicalize? What is next?* Russia Matters, December, 2018.
- LÓPEZ CALERA, Nicolás María. «El concepto de terrorismo: ¿Qué terrorismo? ¿Por qué el terrorismo? ¿Hasta cuándo el terrorismo?», *Anuario de Filosofía del Derecho*, 19, 2002, pp. 51-71.
- LÓPEZ MELERO, Montserrat. «El perfil criminológico como técnica de investigación en el terrorismo islámico», en *La Ley Penal*, 126, mayo, 2017.
- McCAULEY, Clark, y MOSKALENKO, Sophia. «Understanding Political Radicalization: the two pyramids model», in *American Psychologist*, vol. 72, 3, 2017, pp. 205-216.
- REINARES, Fernando; GARCÍA-CALVO, Carola, y VICENTE, Álvaro. *Yihadismo y yihadistas en España: 15 años después del 11-M*. Madrid: Real Instituto Elcano, 2019.
- SANT, Leila. «Naturaleza y tipología de la radicalización», en *Radicalización violenta: vías para la acción preventiva*. Madrid / Oporto: Sindéresis, 2019.